



FISONOMIA del General Luperón

por el

Canónigo Lic. Rafael C. Castellanos

Presbítero, Canónigo honorario de la Santa Basílica Metropolitana de Santo Domingo, Primada de América, Cura y Vicario Foráneo de la Ciudad de San Felipe de Puerto Plata, e Individuo de la Academia Dominicana de la Lengua correspondiente de la Española.

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

923.2
L965f

AGN-BAI 039126

PADRES FRANCISCANOS CAPUCHINOS

Santo Domingo, R. D.

MCMXXXII.

1932

Fisonomía del General Luperón

Archivo General de La Nación
Dpto. Hemeroteca-Biblioteca



General Gregorio Luperón

ACN
923.2
1932

Canóniéo Lic. Rafael C. Castellanos

FISONOMIA del General Luperón

Con las debidas licencias.

Tip. "DIOS Y PATRIA"

Santo Domingo, R. D.

1932

DOS PALABRAS

Este librito existió en mi mente desde que dí a la estampa mi obrita **Fisonomía del Arzobispo Meriño**.

Así como me creí obligado a honrar la memoria del gran dominicano que se llamó Fernando Arturo de Meriño (porque debía objetivarle mi agradecimiento por los importantes servicios que prestó a mi Patria y a mi Religión, y por las luces y sabios consejos que me dió en su calidad de Maestro), de igual modo, como puertoplateño, he juzgado ser un deber mío honrar al ciudadano que sobresalió no sólo como invencible militar en los azares de la guerra, sino como eminente repúblico en las dulzuras de la paz. •

Al escribir acerca de Meriño, del que fué César y Pontífice, se me pudo juzgar de apasionado, aunque no creo serlo, porque él fué mi padre espiritual, mi maestro, mi protector. De él recibí atenciones y favores semejantes a los que prodigan los padres más celosos y cariñosos; pero al tratarse de Luperón no se podrá tener tal pensamiento, porque personalmente nada le debo, aunque como do-

minicano tenga mucho que agradecerle, pues no es poca cosa la libertad de mis conciudadanos y la independencia de mi Patria, por las que él expuso mil veces su vida abnegadamente.

Sí, me siento obligado a hacer algo para honrar la memoria de ese gran puertoplateño, a quien su ciudad natal ¡triste es decirlo! no supo ni ha sabido magnificar como él merece.

El lector no verá en estas páginas apasionamientos; pero sí descubrirá el entusiasmo de quien sabe admirar al que fué coloso no sólo por su patriotismo ardiente nunca desmentido, antes por su extraordinario talento.

EL AUTOR.

RASGOS BIOGRAFICOS

del General Gregorio Luperón

El General Gregorio Luperón ha sido una de figuras más notables de la República Dominicana y el más glorioso hijo de Puerto Plata.

Su cuna fué humildísima; su infancia, la de un niño callejero que tenía que buscar su propio sustento y el de su pobre madre; pero desde su adolescencia comenzó a brillar como astro de primera magnitud y llegó a los más elevados cargos públicos, no ya por la fuerza de su espada victoriosa, sino por el fulgor de su inteligencia. Fué orador de palabra fácil y elocuente, fué-escritor meduloso y galano.

En la diplomacia tuvo aciertos admirables.

Fué siempre leal con sus amigos y con sus principios; amaba a su Patria con un amor tan grande y encendido que lo comunicaba insensiblemente a cuantos le rodeaban. Era también muy agradecido.

De este gran ciudadano dijo el "New-York

Archivo General de La Nación

Dpto. Hemeroteca-Biblioteca

Herald": «Tiene las garras del león, la piel del oso y el corazón de un niño».

Nació en esta Ciudad de San Felipe de Puerto Plata el 8 de Setiembre de 1839 y fué bautizado por el Padre Regalado y Muñoz el 30 de dicho mes y año.

Según su partida bautismal su apellido era Duperon, pues era hijo natural de Nicolasa Duperon. Su padre fué Pedro Castellanos.

La que le dió ser era sumamente pobre y no pudo proporcionarle el pan de la instrucción. Este bien se lo debió a un caballero inglés.

Contrajo matrimonio en la Vega con la señorita Ana Luisa Tavares el 25 de Marzo de 1865. Tuvo dos hijos legítimos: Luisa y Jacobo Leoncio, que nacieron respectivamente en Turks Islands y en Saint-Thomas el 17 de Diciembre de 1867 y el 21 de Setiembre de 1871. Jacobo falleció en Puerto Plata el 20 de Mayo de 1896.

Su carrera política comenzó en el año 1861, cuando el Presidente Santana cometió el crimen de entregar su Patria a la dominación española. El General Luperón se desveló por la restauración de la República y se distinguió en los campos de batalla por su pericia militar, su arrojo y su temerario valor.

Hay quienes creen que fué, en aquella época, la figura más gigantesca por sus acciones de guerra.

Durante la gloriosa cruzada restauradora el General Luperón fué sucesivamente uno de los jefes de operaciones del Cibao, Gobernador Civil y Militar de Santiago, Jefe de las fuerzas del Sur y

del Este, Gobernador de la Provincia de la Vega, Ministro de la Guerra y Vice-Presidente de la República; y se distinguió en las acciones del Pellón de Sabaneta, en "la espantosa" batalla del 6 de Setiembre de 1863 en Santiago, y en las del Sillón de la Viuda, Arroyo Bermejo, Guanuma, San Pedro, Los Llanos y Sabana del Vigía; en ésta luchó, como un león, cuerpo a cuerpo, y recibió tres sablazos, pues se vió envuelto por la caballería enemiga. También peleó heroicamente en Paso del Muerto y en Rio Yabacao.

El General Luperón fué quien efectuó en Puerto Plata en 1865 el canje de los prisioneros dominicanos con el Brigadier de Marina Don José Lozano.

Su espada estuvo siempre al servicio de la Patria y del Derecho, defendiendo las causas buenas, nobles y justas y echando abajo las tiranías.

Después de restaurada la República el General Luperón fué:

Delegado del Cibao y Gobernador de Santiago en 1865, durante el Protectorado;

Miembro de la Convención Nacional, como Diputado por Santiago en 1874;

Ministro de la Guerra en 1876, durante el Gobierno del notable ciudadano Don Ulises F. Espallat;

Presidente de la República en el Gobierno Provisional de 1779 a 1880;

Comisionado ante las Cortes de Europa en 1882; y

Delegado del Gobierno en el Cibao en 1887.

Siempre fué muy combatido; pero triunfaba siempre de sus enemigos.

Su Gobierno Provisional fué admirable. En un año logró levantar el crédito de la Nación, protegió a los periodistas y a los escritores nacionales, construyó en diversas ciudades de la República edificios públicos importantes, dió amplias garantías a los ciudadanos en el ejercicio de sus derechos políticos, hizo respetar la libertad de la prensa, en las cárceles no se hallaban presos políticos, puso a raya al Presidente Salomón, de Haití; y mereció que al terminar sus funciones como Presidente Provisional, la Convención Nacional, al responder a su Mensaje de 5 de Abril de 1880, le dijera, por órgano de su Presidente Fernando A. de Meriño: «La Convención felicita al Gobierno Provisorio que Vos presidís, por todo lo que ha hecho en bien de la Patria, así en lo concerniente a las medidas que se relacionan con la Administración anterior, como en las que han mantenido y extendido nuestras recíprocas relaciones con los demás pueblos civilizados.

«Y para que mayor sea vuestra satisfacción y como prueba del reconocimiento que hacia Vos abriga el país, la Convención Nacional en su nombre y por mi órgano, os da solemnemente un voto de confianza; pues sólo ve en los actos que han señalado vuestra transitoria Administración la laboriosidad y patrióticos desvelos de quien, habiendo puesto su espada al servicio de los principios constitucionales, no puede desear sino su predominio.

«Y para aún más confirmar ese voto del País, la Convención desea que mientras éste proceda a

darse un Gobierno definitivo, continuéis Vos al frente de sus destinos, ofreciéndole pruebas de que todo lo sacrificáis en aras del bien de vuestros conciudadanos, y para el efecto se os incluye el Decreto dado sobre el particular» (Santo Domingo 20 de Mayo de 1880).

Recorrió los Estados Unidos, la América del Sur y Europa, y se ilustró mucho en estos viajes.

Fué comerciante en Sabaneta de Yásica antes de la Guerra Restauradora, y cuando ésta terminó, se dedicó otra vez al comercio en esta Ciudad durante algunos años. Cuando estuvo revolucioando en Sabaneta contra los españoles, hacía las veces de médico con un nombre que no era el suyo.

En 1882 firmó con Francia un Tratado de Comercio y de Navegación y fué nombrado Oficial de la Legión de Honor. Era también Oficial de Instrucción Pública de Francia, Miembro Honorario de la Sociedad Protectora de la Infancia de París, Miembro Donador (Vice-Presidente) de la Unión Latina Americana, Gran Cruz de la Orden Real de la Couronne d'Acier Surmontée de la Croix du Sud, y tenía también, entre otras, una condecoración del Reino de Servia.

Protestó contra el empréstito de 1888, que ha sido la causa de que la República se vea con una deuda enorme.... Tuvo entonces que salir del país, y volvió con una grave enfermedad que lo llevó a la tumba el 20 de Mayo de 1897.

Luperón era un hombre excepcional. Aunque fué algunas veces dueño de la República, no ambicionó el Poder, cedía siempre la Primera Magistratura del Estado a los ciudadanos de más nombre y

fama por su ilustración, su honradez y su civismo. Con muchísima razón dijo el Licdo. Manuel Ubaldo Gómez en el acto de la Apoteosis del General Luperón que «cuando sus parciales lo llamaban a la Presidencia, contestaba: que la espada no servía sino para cortar; y proponía a esas cumbres que en su tiempo se llamaban Fernando Arturo de Meriño, Ulises F. Espaillat, Pedro F. Bonó, Casimiro de Moya y José Manuel Glas».

Luperón estuvo dos veces a punto de ser asesinado en Saint Thomas, pero se salvó por su agilidad y valor. Una vez fué mientras comía o cenaba en la casa de un amigo suyo; se defendió arrojando una botella de vino a la frente del que venía delante, quien cayó como herido por un rayo. Luperón, su Secretario y los dueños de la casa se abalanzaron sobre el caído, lo desarmaron y entregaron a la policía: el otro huyó al ver en tierra a su compañero.

Otra vez fué mientras dormía. En Saint Thomas había mucho orden y mucho respeto a la propiedad, y el General dormía con algunas ventanas abiertas; quien pretendió asesinarlo saltó por una ventana con su puñal desenvainado; Luperón despertó, lo vió, lo dejó acercarse, y cuando estaba llegando a la cama le rompió el brazo de un balazo.

En Puerto Plata pretendieron envenenarlo en una ocasión; quisieron ganarse para ello al cubano que se había encargado de hacerle preparar la comida; pero este buen hombre puso al General Luperón en conocimiento de lo que se intentaba, sin descubrir a los culpables y se ausentó de esta Ciu-

dad para escapar de la venganza de quienes se vieron burlados.

En Dajabón, en 1873, tramaron el asesinato de Luperón los Generales Juan Antonio Polanco, Wenceslao Alvarez y Juan Antonio Rivas; pero no lograron su intento porque Luperón lo supo a tiempo y se defendió, como un león, con la cooperación del General Calasanz Carrasco y del Coronel Ulises Heureau. El General Rivas recibió un balazo en la refriega.

El General Luperón inspiraba tanta confianza como Jefe de operaciones, que en una ocasión muy difícil para el Gobierno de la Restauración, al llegar Luperón a Santiago, le dijo el egregio Don Ulises Espaillat, dándole un abrazo: «Aún hay Patria, General, porque Ud. está vivo». En otra ocasión, cuando el General Gabino Crespo se levantó en las cercanías de Guayubín contra el Gobierno del mismo Espaillat, el Gobernador de Santiago Don José D. Valverde, en una carta de fecha 18 de Julio de 1876, en la cual llamaba a Luperón para que dirigiera las operaciones militares en defensa del Gobierno, le decía al terminar: «Su sola presencia aquí valdría por una batalla ganada».

Seis veces estuvo el General Luperón en el exilio.

Sus enemigos se empeñaron en hacerle daño lo mismo en su persona como en sus bienes. En 1867 los generales baecistas Dionisio Troncoso y José Dolores Bermúdez, cuando entraron triunfantes a esta Ciudad, se apoderaron de la casa de comercio de Luperón y de la de su familia y las pillaron de manera realmente vergonzosa.

El General Luperón, como Páez, le tenía mucho miedo a las culebras.

Falleció, como está dicho, el 20 de Mayo de 1897, confortado con los auxilios religiosos.

Con pompa y solemnidad inusitada se celebraron en Puerto Plata, el 15 de Junio del mismo año, los funerales del egregio Prócer de la Restauración. La oración fúnebre fué pronunciada por el Illmo. y Revdmo. Sr. Dr. Don Fernando Arturo de Meriño, Arzobispo Metropolitano, leal amigo del extinto, y dieron realce con su presencia el Excmo. Mons. Tonti, Delegado Apostólico, el ciudadano Presidente de la República General Ulises Heureaux, que presidió las honras y leyó en el Cementerio, sobre la tumba del fenecido, hermosas palabras reveladoras del cariño que tenía al que le había dado su sombra protectora. Asistieron también a estos funerales magnos varios Gobernadores de Provincia, las mejores Bandas de Música Militares y gran parte del Ejército.

Sus restos reposaron en un panteón levantado por su viuda e hija en el Cementerio Católico de esta Ciudad hasta el 14 de Agosto de 1926, que fueron exhumados y llevados al Salón principal del H. Ayuntamiento, donde estuvieron en Capilla ardiente hasta el siguiente día, que fueron conducidos a Santo Domingo, pasando por Santiago, Moca y La Vega, ciudades que con celo patriótico glorificaron las cenizas de quien se hizo inmortal por su ardiente patriotismo. El 16 de Agosto quedaron definitivamente esos mortales despojos en la "Capilla de los Inmortales", de la Santa Basílica Metropolitana, en cumplimiento de una moción que,

en el Senado, presentó el Señor Ricardo Limardo, Senador por Puerto Plata, el 2 de Marzo de 1925, que fué convertida en ley el 11 de Noviembre de 1925.

Luperón publicó varios folletos y una obra en tres tomos intitulada "Notas Autobiográficas y puntos Históricos sobre la República Dominicana desde la Restauración a nuestros días", editada en Ponce, Puerto Rico, en 1896.

En la Ciudad, perpetúa el nombre de Luperón un parque, y en la Provincia, la Común que antes se llamaba Blanco.

CONFERENCIA

**leída en la Sociedad "Fe en el Porvenir"
de Puerto Plata.**

Señores:

Debido a una cortés invitación del entusiasta Presidente de esta simpática Sociedad, me encuentro entre vosotros y en esta tribuna.

Cuando se me invitó para esta Conferencia, que será muy pobre y muy humilde, como lo soy yo, no traté de evadirme; fácilmente correspondí a la invitación, no porque me crea de gran capacidad intelectual, sino porque no podía negar mi concurso a quienes luchan por la cultura y el progreso intelectual de nuestro amado solar nativo; y porque deseaba que se me presentase favorable coyuntura para felicitar una vez más a esta Sociedad por su ferviente amor a las letras.

Reciban, pues, mi caluroso aplauso los socios de este Centro que iniciaron estas "hermosas fiestas intelectuales" que harán inmenso bien a nuestra juventud, que fatalmente está muy lejos de

ser tan noble, tan heróica y tan inteligente como la que brilló desde la Restauración hasta el año de 1890. Ah! esa juventud tenía ideales, luchaba por ser grande intelectualmente y velaba, con celo y con valor, por la dignidad nacional. La de hoy ¡doloroso es decirlo! va por rumbos muy distintos y, por ello, la Patria de Febrero y de Agosto no es tan gloriosa, ni tan hermosa como nos la legaron los gigantes de la Separación y los beneméritos de la Restauración.

Tenemos el deber de parecernos a los que nos precedieron en el camino de la vida, de conservar la herencia de independencia, de libertad y de cultura que heredamos de nuestros antecesores.

Para ello estamos obligados a ilustrarnos, a adquirir conocimientos y a crecer intelectualmente. Hacen, pues, obra patriótica quienes se empeñan en la celebración de actos como el que hoy nos tiene reunidos.

Señores:

Mi tema es criollo, puramente nacional, eminentemente puertoplateño.

Voy a hablaros de un hombre que al nacer fué un grano de mostaza y después llegó a ser un árbol gigantesco; de un dominicano que, en el campo de la política, fué más grande que nuestra verde y hermosa montaña; que por la Patria saboreó más amarguras que las que contiene el mar azul que besa nuestras playas; y que por su ardiente patriotismo brilló como el sol; de un compueblano que nació en la oscuridad y murió envuelto en los resplandores de la gloria.

Ya debéis haber comprendido que voy a hablar del egregio General Gregorio Luperón, que fué uno de los héroes más notables de la Restauración y que tuvo en sus manos, por espacio de dos lustros, los destinos de la República.

Pocos, muy pocos de la generación actual saben cabalmente quien fué el General Gregorio Luperón.

La mayoría de los jóvenes actuales ignora que ha sido el hombre más grande que ha nacido en esta Ciudad.

Creen muchos que fué un afortunado "tirador de tiros", y.... nada más. Muy equivocados están los que así piensan.

Luperón fué admirable, no sólo como patriota, como militar y como político; fué máximo también por su notable talento natural y por su ilustración. Tuvo el mérito de que no asistió a ninguna escuela superior; no tuvo maestros de talla; se formó intelectualmente solo y, a pesar de ello, llegó a ser escritor meduloso, orador elocuentísimo y estadista de verdad.

Desde el año de 1872 hasta el de 1880 colaboró con frecuencia en "El Porvenir" de esta Ciudad. Dió a las prensas importantes artículos sobre Cristóbal Colón, sobre los derechos individuales y sobre los restauradores que aquellos años bajaron al sepulcro.

La necrología que escribió en 1874 cuando falleció el glorioso General Pedro Antonio Pimentel es brillantísima.

También publicó interesantes artículos en el "Correo de Puerto Plata".

Es autor de algunos folletos, pero su obra más saliente es la que, constando de tres tomos, se intitula "Notas Autobiográficas y Apuntes Históricos sobre la República Dominicana desde la Restauración a nuestros días".

Esta obra tuvo su martirio. El primer tomo fué quemado en nuestra aduana por convenir así a la política del General Heureaux. Este fué su primer elogio, porque es prueba clara y terminante de que es obra importante que predica moralidad política, honradez administrativa y odio a la tiranía.

Nunca he olvidado la opinión del esclarecido Arzobispo Meriño acerca de dicha obra. En una ocasión en que este benemérito dominicano la leía, yo, que era uno de sus familiares, me acerqué a él para avisarle que le había llegado una visita, y, al suspender la lectura, cerró el libro, diciéndome: «¡Qué lástima que Luperón no hubiera estado en una buena escuela! Ah! si hubiese tenido magnífica dirección en sus estudios, hubiera sido el moderno Tertuliano».

Estó, Señores, es mucho decir. La pluma de Quinto Séptimo Florente Tertuliano, primer apologista del Cristianismo, era música por sus brillantes pensamientos, admirable por su concisión, por el vigor de sus ideas y por el esplendor de su fantasía; defendió siempre con elocuencia y calor a la inocencia entregada al verdugo y a la verdad escarnecida.

El primer tomo es generalmente desconocido porque fueron muy escasos los ejemplares que se salvaron de las llamas.

Entre las cosas buenas que encierra en sus páginas sobresale un juicio acerca del General Santana, con motivo de su muerte; es de mucho mérito y pone de manifiesto la generosidad que se animaba en el corazón del General Luperón.

En el segundo tomo hay siluetas de los siguientes ciudadanos que tomaron parte en los memorables gobiernos que tuvo la República durante su Restauración: Benigno F. de Rojas, Ulises F. Espailat, Pablo Pujol, Juan Belisario Curiel, Pedro Francisco Bonó, Máximo Grullón y Alfredo Deetjen.

Estos retratos fueron muy parecidos a sus originales. Luperón les dió retoques admirables y los realzó con la brillantez de su pluma. Ni Galván, ni Meriño, ni Miguel Angel Garrido, ni el Dr. Lugo lo hubieran hecho mejor.

En esas siluetas hay galanura de estilo, novedad en el pensamiento, verdad histórica, descripciones sublimes y consideraciones filosóficas y eminentemente patrióticas.

En prueba de lo que afirmo, ved lo que dice al referirse a los restos perdidos del General Juan Belisario Curiel, quien en el llamado "Gobierno de los Seis Años" se desembarcó en Barahona, cayó prisionero en las Matas de Farfán junto con otros patriotas y fué pasado por las armas, por orden de Báez, el 23 de Noviembre de 1869:

«El partido democrático lo recuerda siempre lo mismo que a Don Pablo Pujol, sin olvidar la desgraciada suerte que a ambos cupo, ni sus importantes servicios. No se sabe dónde reposan sus venerables cenizas, pero tienen el panteón de la gra-

titud de sus amigos y de la gloria nacional que ningún tirano podrá destruir jamás, panteón que no perderá nunca su mérito, porque representa el valor, la ardiente fe y el patriotismo de las generaciones. Epoca era aquélla en que las manos trémulas se fortalecían en la defensa de los sagrados derechos de la Patria, conservando a ésta su carácter, su personalidad y su alma, sin detenerse por la multitud de obstáculos que se presentaban, dejando siempre aquellos hombres el precio de su trabajo a la satisfacción profundísima de la propia conciencia y a los fallos inapelables de la historia, esa poderosa luz de imperecedera vida. Las generaciones venideras meditarán sobre la cruel agonía de tantos héroes que prefirieron acabar su vida gloriosamente en el bárbaro suplicio por la independencia y la libertad de su patria a ser esbirros de un tirano. Y cuando las calamidades que pesan sobre la patria puedan herir el corazón y el sentimiento de los ciudadanos en cuyas manos está la suerte de aquélla, pensarán con madurez en las desgracias que se pueden evitar y en las glorias que se pueden adquirir».

Es digno de copiarse lo que dice al referirse a Don Máximo Grullón: «En las luchas de la Independencia y la Restauración, teníamos patria porque la nación tenía grandes patriotas y honrados ciudadanos que con inteligencia, valor y honradez sabían conquistarle su independencia. Pero la nación ha perdido principios y sentimientos sin los cuales la libertad desaparece. Hoy el amor a la Patria se carga en el bolsillo; anteriormente se llevaba grabado en el fondo del corazón. Muy po-

cos piensan actualmente en el porvenir; y parece que creen que la tiranía que los humilla no tendrá fin, sostenida por la perversión de los grandes sentimientos populares; y como si la patria y el patriotismo fueran una quimera, corren detrás del opresor a venderles sus derechos y sus libertades, con lo cual tienen los estúpidos la lógica satisfacción de sus vicios, y los inteligentes la menguada satisfacción de sus bajezas. La concupiscencia se sobrepone a cualquier otra consideración.

«El fraude en todos los negocios es regla en vez de excepción. En la política se engañan los unos a los otros, sin que ninguno tenga valor de protestar contra la infamia. Al contemplar esta vergonzosa situación, es cuando podemos apreciar mejor la grandeza de los hombres cuyos principales rasgos venimos refiriendo».

Luperón era muy conciso. Para lo que él publicó en tres tomos, cualquiera otro hubiera necesitado cuatro o cinco. En pocas palabras hacía el resumen admirable de grandes acontecimientos. Como prueba de este aserto, escuchad lo bien que pinta, con muy pocas frases, la guerra restauradora: «Bloqueada la República por veinteidos buques de guerra, incendiadas sus principales ciudades, sobre todo las más ricas; assolados sus campos; con un vecino tímido que estrechaba los dominicanos para congratularse con España; sin el concurso de ninguna nación; sin realizar ningún empréstito extranjero; invadidos por más de treinta mil peninsulares y por más de diez mil voluntarios de Cuba y Puerto Rico, sin contar la valerosa y práctica reserva dominicana, sin un puerto siquie-

ra por donde recibir mercaderías y despachar productos del país, cuando España disponía de tantos millones; sin armas, sin arsenales, aquellos hombres (los restauradores) crearon los medios necesarios para la restauración de la independencia, sin enajenar una pulgada del territorio, sin fusilar a los españolizados ni a los prisioneros españoles; sin violar las propiedades, ni darse el país a las intemperancias naturales en esa época de crisis».

¡Qué hombres tan superiores a los de ahora eran los patriotas del 63! Eran de gran pecho, taumaturgos políticos; gigantes del civismo, muchos de ellos tan animosos como Hernán Cortés. ¡Ojalá sus hechos heroicos emularan a los dominicanos de la presente generación, para salud y regeneración de la Patria!

De un modo admirable y con muy pocas palabras da a conocer Luperón el carácter del dominicano y de la dominicana: «El dominicano es hospitalario, bondadoso y afable; está dispuesto siempre al bien, siendo activo y laborioso cuando le place.

«Ama con ardor la música y las fiestas, y es apto para el cultivo de las ciencias; tan hidalgo como valiente; tan disimulado como suspicaz; tan despejado como astuto; tan osado como benévolo. Arrojado y terrible en el combate, es humanitario y compasivo en la victoria. Es generoso y desinteresado. Resulta resistente en el trabajo; pero sin espíritu de orden ni de economía.

«Desde el punto de vista de la imaginación y del entendimiento, es de grandísima penetración concibiendo las cosas al primer golpe de vista.

«Ama la poesía, teniendo una intuitiva conciencia estética que lo impulsa a amar lo bello.

«El dominicano es profundamente religioso, sin que jamás ni por nada pierda de vista a Dios, a quien juzga asistiéndole en sus miserias y alegrías».

«En cuanto a la mujer, es un gran tipo de dulzura exquisita, de ternísima bondad y de sublime heroísmo. La mujer dominicana es consorcio indefinible de belleza y de candor, de honestidad y de encanto. Eterno y amoroso sueño de nuestra azarosa vida, que ha suavizado nuestro carácter, amenizando nuestras constantes desventuras.

«A su lado ningún hombre se siente traidor, ni cobarde, ni malvado.

«La mujer dominicana es el tipo más tierno y más perfecto de la madre, de la compañía constante y sufrida, ya en la dicha, bien en medio de la adversidad.

«Dado el poderoso influjo que ella ejerce en el sexo fuerte, hay que pensar que la regeneración de la República Dominicana está en sus manos, inculcando en el corazón de las generaciones los más saludables sentimientos de prosperidad, de lealtad, de justicia y de libertad. Que trabajen por la felicidad de sus hijos y habrán salvado la Patria!»

El tercer tomo es también muy interesante, no sólo por la abundancia de datos históricos nacionales, sino por un bosquejo histórico de Haití y por un famoso artículo sobre Colón y el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Para que os déis exacta cuenta de quién era Luperón como pensador y como escritor, voy a

leeros algunos pensamientos suyos, recogidos en las páginas de sus obras:

Por odios de partidos no se sacrifica jamás la independencia de un pueblo.

Verdaderamente, como su país es tan pintoresco y tan exuberante, sería muy ingrato el hijo de esa tierra si no reconociera la prodigiosa manifestación de la Providencia en todas las cosas que le rodean. Es viendo a Dios eternamente en toda la naturaleza que son tan religiosos y cristianos; porque donde todo sonrío, la imaginación se vuelve soñadora de la belleza soberana, viendo la Providencia en todas partes.

Después de Dios, la Patria y la libertad son las dos cosas más sagradas y más grandes; porque constituyen todas las demás.

Los usurpadores del poder no pueden sufrir a los libertadores sino humillados y arrastrados a sus pies.

La moral y la justicia son eternas; la historia se levanta en día infalible, disipa las tinieblas y hace justicia a los hombres generosos y buenos contra generaciones degradadas y pueblos ingratos; y les tejen diademas de siemprevivas, que enseñan a las nuevas generaciones la veneración a sus héroes.

La política es el arte de gobernar con justicia y moderación y no con atropellos ni violaciones; es la ciencia que respeta todos los derechos, concilia todos los intereses y produce el bien y la libertad.

La tiranía, como la esclavitud, produce la sordera del alma.

Es deber de los ciudadanos emplear los medios de salvar la República, aunque queden sepultados entre sus ruinas.

En la guerra civil no hay gloria para ninguno y sí duelos profundos para todos.

El ladrón que distribuye algo de lo robado, siempre encuentra quien le encubra sus mañas.

Los tiranos no se improvisan: son siempre el fatal resultado de la sucia corrupción y de la cobardía de cuantos lo toleran.

Mientras no se quiera ver a Dios como el creador de todas las cosas, la especie humana se verá perdida en la confusión, divagando en la incertidumbre.

No hay razón para que la patria pague lo que no ha hecho. Por ingrata que sea la patria, jamás se debe ir, como Temístocles, a ofrecer sus servicios al enemigo implacable de su país, ni como Coriolano, a traer a sus puertas las huestes de los bárbaros. Un buen hijo no clava el puñal en el seno de su madre porque ésta no recompense sus servicios.

Luperón fué orador y, como tal, recogió muchos y sinceros aplausos en la Sociedad "Liga de la Paz", en algunas procesiones cívicas y en otros actos públicos.

Aunque algunas veces tenía defectos en la pronunciación, se le oía con gran atención y mucho gusto.

Esto no le restaba mérito como orador, porque él era, ante todo y sobre todo, militar; y según afirma Tímón en su famoso "Libro de los Oradores" (pág. 25): «Se disimula a los oradores militares sus frecuentes faltas gramaticales, la grosera acrimonia de sus invectivas, el abuso de las figuras de retórica y lo mal entretregido de la arenga, pudiendo a sus anchas salirse de la cuestión sin ser reclamado a ella, como igualmente decir todo lo que les pasa por la cabeza, sea trivial o correcto».

Sería pedir peras al olmo el pretender que un militar en la tribuna sea tan castizo y tan correcto como un doctor en leyes o un profesor.

Luperón hacía lo que quería del auditorio: conmovía a las mujeres hasta hacer que derrama-

ran lágrimas; enardecía a los hombres, poniéndolos, con su cálida palabra, en el caso de cumplir valientemente sus deberes cívicos, y a los soldados llevábalos a la victoria o al martirio heroico.

Su cuerpo era de orador: robusto, hermoso, de porte muy simpático; su rostro muy agradable y su voz de Hércules. Cuando se levantaba en la tribuna, electrizaba al auditorio y se lo ganaba inmediatamente.

Y fué un orador que nunca escribió discursos, siempre los improvisaba; por esta razón no han podido conservarse sus piezas oratorias.

Procuró Luperón poseer varios idiomas. Hablaba bastante bien el inglés y el francés, y aprendió el italiano la última vez que estuvo en Saint Thomas.

En carta de 14 de Agosto de 1892 decía Meriño a Luperón: «¿Conque hace progresos en la lengua italiana? Enhorabuena. Ganar un idioma es lograr riquísima adquisición y ensanchar la esfera de la vida. El políglota es el verdadero cosmopolita. ¿Ni en qué ocupación más provechosa pueden consagrarse los tediosos días del destierro? Si no se evitan los ocios, dándose a algún trabajo manual, el estudio es el mejor empleo del tiempo para disiparse uno digna y útilmente. Conque, siga Ud, a ver si lee el Dante en su original. Quizá repasando los varios círculos de su Infierno se da con algunos tipos que de allá se dan luego sus escapadas para tormento de los pueblos cristianos en esta tierra de dolores y miserias».

Luperón era un estadista auténtico, con más capacidad para el gobierno del pueblo dominicano

que otros muchos que tenían fama de intelectuales.

Poseía un conocimiento completo del país y de sus hombres y estaba al corriente de todo cuanto debe saberse para la más brillante administración pública.

Dejó evidenciadas sus admirables dotes de estadista cuando fué Presidente Provisional de la República, desde el 7 de Octubre de 1879 hasta Agosto de 1880.

Ese ha sido el mejor Gobierno transitorio que hemos tenido. Entonces Puerto Plata fué Capital interina de la República. "El Porvenir" tuvo las veces de "Gaceta Oficial".

En diez meses hizo el General Luperón una labor admirable: organizó de un modo perfecto los servicios públicos y atendió a las necesidades más urgentes, pagó a los empleados públicos con toda puntualidad, dió protección moral y económica a la prensa, cuya libertad respetó; comunicó a todos los gobiernos en amistad con la República el fausto acontecimiento del hallazgo de los restos de Cristóbal Colón, y les envió las obras que sobre este asunto habían escrito y publicado Monseñor Roque Cocchia y Don Emiliano Tejera; ningún ciudadano fué perseguido por sus opiniones políticas, las cárceles políticas estaban vacías, a nadie se compelió a tomar las armas, no se gravó con nuevas deudas el tesoro público, ni se puso en la propiedad manos atrevidas.

La Constituyente que entonces se reunió en Santo Domingo fué una de las mejores que han funcionado en la República y las elecciones que

entonces se efectuaron para el Gobierno Constitucional fueron completamente libres.

No hubo antes ni ha habido después un Gobierno Provisional que hiciera tanto bien al país y le diera, al mismo tiempo que la paz material, la paz moral.

En lo militar fué Luperón un coloso, un Himalaya.

Había hecho pacto con la victoria, y, aunque algunas veces perdía materialmente una acción de guerra, moralmente la ganaba. Su audacia era ciega para el peligro. Las dificultades lo agigantaban.

Era muy vivo, muy activo, muy previsor; no perdía de vista ningún pormenor, no le temía al mayor número de sus contrarios, ni a sus ventajas. Su pericia y su buena dirección lo coronaban siempre con los laureles del triunfo.

Para que veáis cómo era en los campos de batalla, os voy a leer la relación que él mismo hizo de su notable acción de guerra en El Pino. Esa relación la poseo de puño y letra de Luperón, contenida en una carta que el General dirigió en Saint Thomas el 10 de Febrero de 1872 al Padre Meñó, quien también se hallaba en aquella isla.

Oid atentamente esa gloriosa página de nuestra historia:

«Distinguido amigo:

«Como Ud. lo desea, le informaré del suceso del 16 de Marzo de 1871 en Pino Arriba y sus consecuencias.

«La Comisión Americana que debía informar a su Gobierno y al Senado del procedimiento del

Gobierno Dominicano y de las disposiciones del pueblo a su incorporación a los Estados Unidos, había estado en el país.

«Por esa circunstancia las noticias que llegaban en tropel a Capotillo eran las más amenazantes para nuestra libertad e independencia.

«Hacíamos los mayores esfuerzos para reunir un número considerable de patriotas que, ante el inminente peligro de la República, se lanzaran a derramar su sangre por la salvación de ella, o perecer en la demanda.

«Para conseguirlo no economizábamos los medios. Sin embargo, el 13 de Marzo, que solamente contábamos con 45 hombres, nos llegó una noticia muy alarmante, pues se nos aseguraba que la bandera americana, emblema de preocupación y, para nosotros, de humillante servidumbre, estaba enarbolada en Monte Cristi, y que igual hecho se iba a consumir en Guayubín y Sabaneta.

«Francamente, desde aquel momento no hubo más que un solo sentimiento en nosotros: el amor verdadero a la Patria. Una sola pasión dominó por completo todos los ánimos: vengar aquella deshonra e ignominia; un solo delirio: luchar, combatir, vencer o morir por la soberanía nacional. Ninguno quiso convenir en que éramos un pequeño número para tal empresa. Muy distante de esa consideración, cada cual dijo que su vida no le pertenecía más, sino a la Patria que agonizaba bajo las torturantes manos de los traidores; que ya el tiempo había llegado en que aquélla se la reclamaba; y que dilatar la marcha sería un crimen.

«Sin esperanza de obtener gente del Sur, sin

ver llegar a ninguno de los muchos expulsos a quienes nos cansábamos de invitar a combatir a los traficantes de nuestra nacionalidad, ¿cómo esperar o titubear en aquellos momentos tan apremiantes?

«La dilación hubiera sido una agonía horrible al frente de tan infame patricidio. ¡Ninguno quiso sufrirla!

«Que el presente y el porvenir digan lo que quieran; pero el patriotismo de esos 45 soldados de Capotillo se sublevó contra toda juiciosa observación, no oyendo más que el grito de su alma indignada y los gemidos de la Patria agonizante..... ¡Viva la República!, exclamamos. ¡Perezcan todos los traidores! ¡Adelante! y siempre ¡adelante!

«Desde aquel momento no se oía más que el himno de Capotillo. Era una verdadera algazara de entusiasmo por la muerte!

«El 14, a las nueve de la mañana, con el pendón de la libertad desplegado, salimos del inmortal Capotillo, después de haber vencido varias dificultades.

«45 hombres, bien armados, con 50 carabinas, cuatro cargas de pertrechos, componían en su totalidad la mencionada expedición.

«Un grupo tan reducido no era posible fraccionarlo para operar por las tres partes más necesarias de Monte Cristi, Guayubín y Sabaneta.

«Las dos primeras requerían mayores fuerzas por la extensión y desabrigo de aquellos sitios.

«A la tercera la favorece una cadena de montañas con gruesos bosques por su flanco Sur, viniendo desde Jarabacoa hasta Capotillo, y, aunque hay en ella extensas sabanas, era y es la más fa-

vorable para igual desigualdad. Además, el número de sus habitantes es también mayor que el de las dos primeras y, en lo general, todos ellos de condiciones honradas, patriotas, obedientes y amantes del orden.

«Esta fué nuestra línea de campaña. Nuestra pequeña columna marchaba con todo el orden necesario. Compartidas en tres mitades: Vanguardia, desplegada en guerrilla; Centro, convoy de los fusiles y municiones; Retaguardia, cazadores de observación, listos a apoyar el punto o cuerpo que le indicasen. Estos tres pelotones se podían también auxiliar entre sí.

«A cuatro leguas de marcha encontramos la primera guardia enemiga; nuestra guerrilla la sorprendió y envolvió de manera que antes que pudiera disparar un solo tiro cayó prisionera.

«Ese lugar se llama el Cerro de Chacuey. A dos millas más adelante se halla el poblado de Partido. A nuestra aproximación la guardia que ocupaba ese punto, huyó abandonando sus ranchos y armas, a causa de la sorpresa que le dimos, y dos horas después se dispararon algunos tiros de parte y parte sin ninguna consecuencia.

«Eran las cinco y media de la tarde, acampamos en este lugar. Mientras nuestra guerrilla con la mayor destreza recorría todas las cercanías practicando varios reconocimientos, los cuales dieron por resultado la compra de carne, víveres, y la incorporación de cinco individuos más a nuestras filas; el despacho de varias comunicaciones, y, sobre todo, saber las posiciones que ocupaban nuestros enemigos. Pasamos la noche a pie firme.

Esa precaución nos preservó de una sorpresa que nos hubieran dado 200 hombres que, al mando del General Calasanz, desde las 11 de la noche, nos rodeaban.

«El lugar no ofrecía ninguna ventaja. A las 5 de la mañana marchábamos hacia el poblado de la Vaca Gorda, a legua y media de distancia.

«Los enemigos nos seguían sin que nosotros los percibiéramos. Nuestras incursiones en ese lugar fueron menos importantes, pues todos los habitantes aptos para manejar un arma estaban en los cantones. Sin embargo, empleábamos mucho comedimiento con todas las familias que encontrábamos, haciéndoles regalos y comprándoles sus frioleras.

«En todos los caminos vecinales reconocíamos el paso o rastro de tropas. De tiempo en tiempo se dejaban ver tres o cuatro individuos a cierta distancia; parte de la guerrilla se dirigía a ellos, pero con mucha destreza se evadían.

«Así continuamos nuestra marcha hasta el Pino Arriba, en donde establecimos nuestro vivaque. En ese trayecto de tres leguas y dos millas no ocurrió nada de importancia.

«El Pino se halla situado a nueve leguas y media de Capotillo. Los enemigos espiaban todos nuestros movimientos. Seguíanos a retaguardia unos trescientos hombres, al mando de los Generales Calasanz, Nicolás Gerónimo y Francisco Sosa. Por el flanco izquierdo, o sea, al Norte, los Generales Federico García, Benito Monción, Gabino Crespo y R. García, como con trescientos. Por

nuestras líneas paralelas, o sea, la parte Este, los Generales Juan Gómez, Alejandro Rodríguez, Pablo Aquino y otros más con doscientos serranos. El mayor interés de los enemigos era dejarnos encontrar en Sabaneta y cortarnos todas las salidas. Esto lo preparaban simulando falsas retiradas. El Pino Arriba está situado en un punto céntrico con la confluencia de todos los caminos. Ignorando el rumbo que debíamos hacer, los enemigos convinieron en atacarnos a las diez de la noche; pero desde las nueve comprendimos que se nos estrechaba por todos los desfiladeros. Dos de sus líneas intentaron el ataque, pero después de algunos tiros, replegaron. Esa fué una estrategia prudente, nos consideraban su presa, y no les convenía exponerse mucho, sobre todo cuando nuestra posición era muy defensiva, y, como tal, temible. El día se aproximaba; yo contaba los minutos esperando el ataque.

«A las cinco de la mañana nos dirigimos estratégicamente a uno de los desfiladeros menos practicables y, por lo tanto, descuidado de los enemigos. Sin embargo, éstos nos seguían en todos nuestros movimientos y a milla y media nos estrecharon de tal manera que se trabó la lucha.

«El terreno allí era desfavorable para ambos combatientes, aunque en verdad que, para ellos, era menos desventajoso por su mayor número. Pinales pequeños, cerros cuyas faldas se perdían en hondonadas más o menos profundas y algunos claros o sabanitas. Nosotros nos situamos en una de las convexidades del terreno.

«Eran las seis menos 25 y las descargas se re-

producían de una y otra parte casi a quemarropa, a tal extremo que ambos contrarios nos hablábamos. Varias veces quisieron echársenos encima, sable en mano; pero las descargas de nuestras carabinas les obligaron a retroceder.

«No quiero describir el valor heroico de mis compañeros; ellos se disputaban el arrojo, la decisión y la serenidad. Ninguno de aquellos bravos contaba con la vida, que gustosos habían ido a dar por la Patria; pero estaban resueltos a venderla cara y centuplicaban sus bríos. Ninguno pedía cuartel ni lo daba tampoco. Aquello, más que un combate, era una riña desesperada.

«A las 11 de la mañana se nos separó la vanguardia al mando del General Ignacio Reyes, sin previa orden, y esto nos fué funesto. Algunos soldados se nos desertaron, y media hora después, los que quedábamos, estuvimos forzosamente obligados a operar una retirada en combate cada vez más rudo y terrible. En todos los pasos había emboscadas de los enemigos y era preciso abrírnoslos y sostener a la vez la lucha con los que nos seguían. En ese trance nos hallamos fraccionados en pequeños grupos.

«El General Severo Gómez, que desde el principio había recibido una herida y siguió la lucha con un heroísmo sublime, rindió la vida en estos momentos al recibir otra herida en el pecho. Cuatro más con no menos valor tuvieron su noble suerte.

«Desde ese fatal momento la riña seguía furibunda; era la rabia que luchaba con la furia de los esbirros de la muerte! A una legua más, nos

encontramos con la columna de B. Monción; ya solamente éramos 16 hombres, pero dos de ellos estaban heridos. Eran las tres de la tarde y, para escapar la vida, fué preciso abandonar todo: 18 caballos, 3 cargas, \$1.300 y todo el equipaje.

«Esta forzosa operación nos dió lugar a internarnos en las montañas. En esta circunstancia fué que cayó prisionero el patriota General M. R. Objío. Nosotros les hicimos dos prisioneros, los cuales condujo el General E. Valerio a Capotillo, en su heroica retirada. Cuatro días después llegamos a este punto, donde la reorganización fué inmediata.

«El 25 nuestras guerrillas se desquitaban, derrotándoles en el mismo lugar uno de sus cantones, causándoles mucho daño, y desde entonces fuimos los vencedores en todos los demás encuentros. No parece sino que la fortuna se avergonzaba de habernos abandonado.

«Quiera Dios que lo que ese día se constituyó el triunfo del baecismo, no constituya para la pobre Patria su sentencia de muerte.

«Hasta hoy ignoramos las bajas que los enemigos tuvieron en tal aventura; pues las noticias eran incoherentes, sin embargo, es lo cierto que tuvieron muchos muertos y heridos.

«Aquel hecho no tuvo otra importancia, sino el mentís que dió a Báez en los Estados Unidos.

«Muy de corazón,

Gregorio Luperón».

Esta carta pone de relieve los méritos del ciudadano más grande que ha tenido esta Ciudad.

De esta acción de guerra escribió Meriño: «La suerte le fué contraria a nuestro bizarro General en esta acción de armas; pero no por ello se acongojó su espíritu, que en la guerra hay también el triunfo moral, y éste lo obtuvo él. Invadir el territorio dominicano con un grupo de valientes, sostener tan reñida pelea desde las 6 de la mañana hasta las 3 de la tarde; no haber perdido sino seis de sus compañeros; y, sobre todo, aparecer tan oportunamente dando por el Norte de la República ese solemne mentís a la supuesta espontaneidad de los dominicanos con que Báez pretendía embaucar a los americanos para anexionar el país, ¿no era haber logrado mucho en pro de la Revolución Nacional? ¿No era rayar muy alto la valentía y denuedo de nuestro héroe? Ese paso bastante arriesgado sin duda, y que muchos han calificado en él como una locura, porque no lo favoreció la fortuna, debe merecer la admiración del patriotismo. En la historia no escasean esos heroicos arrojos que han inmortalizado a muchos caudillos. Así, no la pérdida de la acción impresionó entonces a nuestro joven soldado, sino la dolorosísima de sus compañeros, y particularmente de los Generales Severo Gómez, que murió, como el gladiador romano, cubierto de heridas y de gloria ya al terminar la pelea, y Manuel Rodríguez Objío, que fué hecho prisionero, después del combate. Dos amigos de su corazón que él amaba con toda la fuerza de sus afectos, y cuyas pérdidas deploraría siempre. La del segundo le afectó más; porque viendo en el General Objío un joven de brillante porvenir, por su ilustración y genio y por su encendido patriotis-

mo, comprendió que la Patria perdía con la muerte de él uno de sus más útiles servidores y que el tirano traidor se gozaría en la inmólación que haría de esta víctima a su salvaje pasión de venganza. Más tarde quedaron justificados sus funestos presentimientos!....» (Párrafos tomados de unas páginas inéditas del Padre Meriño.)

El Dr. Betances decía a Luperón, entre otras cosas: «Cuánto diera, amigo mío, por poderle ser útil en una empresa tan gloriosa como la que Ud. está persiguiendo! Pueda Ud. encontrar en su país las recompensas que merece su abnegación y su valor. Yo espero que algún día las Antillas, colocarán su nombre entre los de sus mejores hijos».

Y el Señor Faupier en carta de Saint Thomas de fecha 14 de Abril, refiriéndose a esta jornada se expresaba así: «Ud. por su heroísmo en una lucha tan desigual como brillante, ha conseguido hasta la admiración de sus contrarios....»

Luperón crece y se agiganta cuanto más se le observa. Brilló en el campo de las letras, de la oratoria y de la milicia; pero, sobre todo, culminó por su patriotismo.

Sí, la virtud magna, impoluta, del notable compueblano de quien os hablo, fué su ardiente amor a la Patria.

El quería la vida para consagrarla a la Patria, soñaba con la grandeza de la Patria y, para defenderla, se encaró muchas veces a la muerte.....

Cuando la Patria estaba en peligro, por ella rompía lanzas el General Luperón.

Nunca aceptó nada que pudiera empañar el buen nombre de nuestro país; protestó enérgica-

mente cuando el General Cabral cometió la debilidad de entregar a Sahnave; se negó a manchar el decoro nacional cuando un comisionado del Gobierno español le ofreció la Gran Cruz de Carlos III, la entrega de Báez, González y Guillermo y otras cosas más a cambio de la extradición del General Maceo; y se opuso al empréstito del año 1888, que ha sido causa de muchos sonrojos para la República; apoyó a los gobiernos honrados, presididos por hombres cultos y de civismo, y echó al suelo a los gobernantes desfachatados, sin pulcritud y sin amor a las libertades públicas.

Como es natural, Luperón fué calumniado.

Siendo tan batallador tuvo enemigos que lo combatieron en toda forma y con todas las armas.

El valiente escritor Miguel Angel Garrido se hizo eco de dichos enemigos, cuando, sin conocimientos perfectos de quien fué Luperón, lo llamó «resumen de grandes ignorancias con ínfulas de orador, de escritor, de polemista, de diplomático», y afirmó que se olvidó del país cuando pudo enaltecerlo bizarramente haciendo próspera la santidad del derecho» y que escribió la Historia su nombre con la noble tristeza de no haber escrito «el nombre de un glorioso magnificador de la República....»

Eso dejó estampado el galano autor de "Siluetas", el enérgico periodista que, si hubiera vivido algunos años más y hubiera estudiado en buenos archivos y en sus obras al General Luperón, hubiera tenido que reconocerle merecedor de una estatua....

Garrido se formó en la Capital, oyendo frecuentemente a algunos apasionados que nunca per-

donaron a Luperón que, durante su Gobierno Provisorio, hiciera de Puerto Plata la Capital de la República.... Vosotros sabéis lo que puede el ambiente!

“Siluetas” fué un libro escrito a la carrera sin documentación, en el cual descuella su autor como literato, y nada más. Desde el punto de vista histórico no tiene ningún mérito, por su inexactitud.

Los que conocieron íntimamente a Luperón, los que le trataron de cerca vieron siempre en él «un glorioso magnificador de la República».

Fernando Arturo de Meriño, que era una lumbrera, que intelectualmente era más que un lince, que sabía medir y pesar todas las cosas, que buscaba en su secreto las perlas y que conocía como a sus manos al General Luperón, dijo de éste en un trabajo histórico que nunca pudo publicar: «Soldado de la Restauración, ninguno más abnegado que él, ninguno más heróico, ninguno más infatigable, ninguno más entusiasta en los días de aquella redentora cruzada y después en los del Triunvirato que arrojó a Báez del solio del poder; porque las glorias nacionales eran su sueño, su delirio; y tanto contra el dominio español como contra la Administración Báez, al empuñar el lábaro de la libertad y ondearlo sobre el campo del patriotismo, él había tenido la conciencia de combatir por la más noble causa: la de la **nacionalidad**».

Señores:

Por lo mismo que aún hay quienes injustamen-

te tratan a quien tanto se desveló por la independencia nacional y por las libertades públicas, nosotros, como buenos dominicanos y, más aún, como compueblanos suyos, estamos en la obligación de enaltecerlo, de dignificarlo y de honrar su memoria.

Hemos dado su nombre a uno de nuestros parques; pero es poco para él, que se merece una estatua.

Mientras llega la hora de erigir ese testimonio de la gratitud nacional, haga esta Sociedad la diligencia para que su retrato enaltezca el salón principal de esta Sociedad y el del Honorable Ayuntamiento.

Compueblanos:

Honremos, por todos los medios, al hijo más grande de esta Ciudad, al **General Gregorio Lupe-rón**, cuyo título de **Restaurador** lo coloca en la ilustre familia de los verdaderos inmortales, y cuyo corazón amó con tanto ardor a nuestra Patria, aquél que debió cerrar para siempre sus labios, diciendo sinceramente como Bolívar, el glorioso creador de cinco nacionalidades: «**Mis últimos votos son por la felicidad de la Patria**».

He dicho.

DISCURSO

pronunciado desde el balcón del Ayuntamiento
de Puerto Plata la tarde del
27 de Febrero de 1926.

Señores:

Saludo con respeto al pueblo agradecido que hoy celebra el aniversario glorioso de su independencia y libertad honrando al egregio General Gregorio Luperón, que es el patriota más grande y más notable que ha producido esta ciudad.

Ayer, en un día de fiesta nacional, se le dió a uno de nuestros parques el apellido inmortal del puertoplateño que fué titán de las libertades públicas; hoy ha quedado en la casa del pueblo el magnífico retrato que reproduce la efigie hermosa, elegante, marcial del magno restaurador, compatriota nuestro, que fué admirable tanto en la guerra como en la paz; aún nos falta completar esta obra, levantándole mañana una estatua al prócer que hoy glarificamos jubilosamente.

Felicito, pues, a Puerto Plata, mi querida ciu-

dad natal, porque se ha dignificado honrando al más notable de sus hijos; y felicito también, en nombre del Nacionalismo Puerto-Plateño, a las autoridades que dispusieron este acto reparador, justiciero y emulador!

Conciudadanos:

Lo que acabamos de celebrar tiene alta significación. Hemos ofrecido una hermosa lección a las generaciones que se levantan.

No debe ser ésta una manifestación puramente objetiva, una ceremonia aparatosa de efectos exclusivamente externos. No y no; en estos momentos es preciso sentir hondo y pensar alto, cosa de que nos edifiquemos a nosotros mismos y edifiquemos a los demás.

Debemos buscar inspiraciones patrióticas, hacer brasa para calentar nuestro civismo, refrescar y atizar la memoria de las ínclitas hazañas de nuestros libertadores y patriotas, para llenarnos de fe, para cobrar aliento y para sentirnos capaces de quebrantar la cerviz y el poder de las tiranías...! para, en pie, con la cabeza descubierta y con la mano puesta sobre el corazón, hacer voto absoluto y perdurable de ser buenos dominicanos, y de honrar, en todo tiempo, la República con testimonios de ardiente civismo; y para prometer al invicto Luperón que no seremos anexionistas, que no buscaremos protectorados, que no apoyaremos tratados internacionales que menoscaben nuestra soberanía y que no permitiremos jamás que se eclipse el sol de Febrero y de Agosto.

Ojalá que todos hiciéramos este propósito fir-

mísimo; y que tuviéramos vergüenza, valor, fuerza y civismo para cumplirlo!

Grande, muy grande es el patriotismo cuando los hombres que lo poseyeron despiertan, aún después de muertos, admiración y amor.

Los que cumplen sus deberes cívicos y practican ejemplos edificantes de ardiente patriotismo viven muy esclarecidos en el alma y en el corazón de su pueblo.

El patriotismo es digno de los más encumbrados honores, porque, como dijo el gran Meriño, notable patriota y máximo orador: "El patriotismo es la primera de las virtudes cívicas, es la base de la estabilidad y del progreso de los pueblos. Cuando en el pecho de los ciudadanos arde este fuego sagrado, no hay miras particulares, no hay intereses privados, no hay exclusivismo: entonces todo se generaliza, todo es para todos. De aquí nace el amor a los gobiernos, el respeto a las leyes y la paz y la prosperidad de la nación. El patriotismo es lazo fraternal que estrecha a los hijos de un mismo país, dándoles fuerza y valor para hacerse libres y sostener su libertad. Esta virtud ha producido los grandes héroes y es también madre de las nobles acciones. El patriotismo de los antiguos griegos ha inmortalizado el desfiladero de las Termópilas, los campos de Platea y Maratón y el mar de Salamina. El patriotismo de los antiguos romanos los condujo de victoria en victoria hasta fijar el cetro del imperio del mundo en la armipotente Roma. Sagunto, Numancia y Carthago serán siempre de gratos recuerdos a los patriotas».

Sigamos, pues, honrando aún más la memoria del benemérito General Luperón; procuremos imitar su civismo y demos señales de patriotismo velando por la conservación de la República, por su prosperidad económica, por su feliz sosiego, por su crédito exterior y engrandecimiento moral e intelectual; pues a la Patria se le sirve gloriosamente no sólo saliendo en campaña por su independencia y libertad, sino luchando por el triunfo de la verdad, de la justicia y del bien, para que la paz, el orden y la libertad lleguen a basarse sobre sólidos cimientos.

Apartémosnos de las inteligencias menguadas y de las almas ruines que especulan con el sacrificio y el deshonor de la Patria; alejémosnos de los pusilánimes y de los cobardes o corrompidos que piensan que la República no puede regenerarse y salvarse por sí sola abrazada a su bandera cruzada como a tabla felizmente salvadora.

Compueblanos:

Tenéis el deber de seguir las huellas luminosas que os dejó el Genral Luperón. Haced, como él, causa común con los dominicanos de buena voluntad, con los de conciencia recta, con los de corazón noble y generoso, con los que no son vendimiadores, con los que no han comprometido la soberanía del pueblo, con los que se han sacrificado por el bien público, con los que han sido fieles y leales en su amor a la Patria; porque solo así honraréis dignamente la memoria y la cuna del que más de una vez salvó por su audacia, su valor y su pericia militar, la gloriosa e inmortal revolución restauradora! He dicho.

DISCURSO

pronunciado en el momento de hacer entrega
de los despojos del benemérito General
Luperón a la Comisión que vino
a buscarlos de la Capital.

Señores:

La grandeza del héroe, cuya apoteosis celebramos, requiere un orador máximo, notabilísimo, de bien sentada fama, que tenga vuelos de águila, altura de montañas y resplandores de sol.....

No soy yo quien debió tener a su cargo la parte oratoria, principal de este edificante acto, porque no reúno las condiciones necesarias para ello; pero acepté la designación que me capacita para dirigiros la palabra, porque, aunque sean escasas mis facultades intelectuales y muy pobres mis conocimientos, debía ponerlos al servicio de esta hermosa manifestación de gratitud nacional.

Puertoplateños:

En este día os contemplo con orgullo. Dáis un

testimonio elocuente de vuestra grandeza moral, de vuestro desprendimiento, de vuestra admirable generosidad. Os desprendéis, sin torpes egoísmos, de lo más grande y rico que poseéis, de la reliquia patriótica más sagrada que teníamos en nuestro seno, de lo único que ya queda de aquel gigante del civismo que se llamó Gregorio Luperón, el ciudadano más eminente que ha producido esta Ciudad, y cuyo nombre llenó con gloria toda la República y se dilató fuera de sus horizontes.....

El héroe de Dajabón, Guayubín y San Pedro es nuestro exclusivamente: aquí vino a la vida el 8 de Setiembre de 1839, aquí creció y se formó en la dura escuela del infortunio, aquí comenzó con un acto heroico su carrera política y su consagración a la defensa de la independencia nacional y de las libertades públicas, aquí patentizó que era tan admirable en la paz como en la guerra, aquí presidió el mejor Gobierno Provisional que tuvo la República, aquí ofreció los más evidentes testimonios de que su patriotismo era puro, desinteresado, sin propósito de exultaciones personales, aquí "desdeñó mil veces la Presidencia de la República" y dejó burlados los propósitos de sus adversarios.....

A Puerto Plata le corresponde guardar esos preciosos restos; pero esta Ciudad crece y se agiganta ante el país, haciendo generosa donación de su más rico tesoro y contribuyendo con su desprendimiento a que sea espléndida y sin sombras esta popular demostración de la gratitud nacional.

Veamos, complacidos, partir para la Ciudad Capital los restos de tan benemérito ciudadano que hizo de la Patria un culto y que fatigó a la Vic-

toria contra los vendimiadores, los anexionistas y los enemigos del gran partido nacional liberal que, por él, se acostumbró a cantar constantemente gloriosos triunfos que beneficiaban a la generalidad de los dominicanos.

¡Ojalá que al llegar esos venerandos restos a la Capilla de los Inmortales, haya en nuestra primera Ciudad florecimiento de virtudes cívicas, y no sea el egoísmo quien inspire a la mayoría de los gobernantes y legisladores, sino el desinterés, la abnegación, el verdadero amor a la Patria y el exacto cumplimiento de los deberes cívicos, para que la República sea tan grande y gloriosa, tan digna y tan feliz como lo deseaba el famoso general que durante su vida pública quebrantó la cerviz y poder de quienes quisieron esclavizar al pueblo de sus amores!

Conciudadanos:

Ante esos preciosos despojos que van en brazos de la gloria, y en presencia de este acto en el cual palpita el reconocimiento de un pueblo que sabe honrar a sus grandes hombres, debemos entregarnos a saludables meditaciones.

Lo que vemos son manifestaciones exteriores; pero nosotros debemos ahondar y llegar hasta las causas de esos efectos.

Hemos ido ayer al Cementerio; fuimos al sagrado recinto de los muertos, en peregrinación patriótica. Encontramos allí numerosas tumbas, centenares de personas sepultadas, y, sin embargo, únicamente fuimos a honrar los restos de un solo hombre. ¿Por qué así? ¿por qué ese exclusivismo?

¿por qué, siendo tantos los que allí duermen el eterno sueño, sólo uno ha sido el escogido para esta apoteosis? Ah!, porque ése fué el más glorioso, el más admirable en su civismo, pues que hizo del patriotismo una religión y un culto; y los que cumplen abnegadamente sus deberes cívicos y practican denodadamente el patriotismo, viven muy esclarecidos en el alma y en el corazón de su pueblo.

El patriotismo fué quien dignificó, elevó e inmortalizó al General Luperón. Su patriotismo fué tan desinteresado y organizador como el de Duarte, tan heroico como el de Sánchez y tan activo y atrevido como el de Mella.

Luperón tuvo una cuna oscura, humildísima, y, por su encendido amor al patrio suelo, salió de los términos de la vida el 20 de Mayo de 1897, siendo un gigante, un Himalaya, una cumbre gloriosísima.....

Quiso ser útil a su país no sólo en las inquietudes de la guerra sino en las dulzuras de la paz.

En los combates por el honor y la dignidad nacional fué militar vigoroso, fuerte, activo, de admirable pericia y sagacidad, de valor espartano, de arrojo temerario que «despreció en mil ocasiones los abismos de la muerte con imperturbable serenidad». Por su desprecio de la muerte y por su envidiable serenidad se desposaba frecuentemente con la victoria y ponía sus plantas sobre el cuello de los tiranos.

Cuando niño fué del montón anónimo, como que era pobre su madre y sin ningún valimiento social; no tuvo una escuela en que instruirse con-

venientemente, pero él, que deseó acudir a las necesidades de la Patria en tiempos de paz, comprendió que, para ello, necesitaba ilustración, y se dedicó al estudio y adelantó tanto y ganó tantos conocimientos, que llegó a ser orador, escritor, diplomático y estadista de muy altos vuelos.

Tiene, pues, el General Luperón muchas ejecutorias para merecer estos honores.

Al atravesar nuestro héroe el estrecho paso de la muerte, fué más afortunado que Duarte, Sánchez y otros muchos defensores de la independencia nacional.

Exhaló su último suspiro entre los suyos, en su ciudad amada, rodeado de consideraciones y de afecto, y se le hicieron los funerales más suntuosos que se han efectuado en el territorio nacional.

Sus restos no han tenido que ser exhumados de tierras extranjeras ni de lugares patibularios.

Quiso la Providencia que en la tierra tuviesen ese premio las virtudes cívicas y los grandes merecimientos del Restaurador que ahora glorificamos.

Compueblanos:

Inclinémonos amorosa y respetuosamente ante los huesos del único compueblano nuestro que va a reposar donde reciben perenne tributo de veneración los **padres de la Patria** y prometamos seguir sus huellas luminosas.

Dejemos que Luperón dé aún, después de muerto, lecciones de abnegación, de desprendimiento, de respeto a la voluntad nacional, permitiendo que sus restos sean sacados de esta Ciudad,

en la cual, sin duda, quiso él dormir su eterno sueño, pues vino del ostracismo para pagarle aquí su tributo a la tierra.

Ve, esclarecido varón, a la Capital de la República con la honra inherente a las virtudes cívicas que en ti resplandecieron y a tus merecimientos de Restaurador sobresaliente; ve, y dí allá, en el cerebro de la República, a las nuevas generaciones que el tributo de admiración y de veneración que más te agrada, es que luchen animosamente y con perseverancia hasta lograr que la tercera República sea absolutamente independiente, absolutamente libre y absolutamente soberana!.....

Y vosotros, Señor Senador por esta Provincia y Señor Secretario de Estado de lo Interior y Policía, que habéis venido en busca de estos restos venerables; recibidlos y llevadlos con la debida honra, y haced saber a quienes dispusieron esta apoteosis, que esta meritoria obra de glorificación será inmortal en nuestra gratitud!

DISCURSO

improvisado en la Santa Basílica Metropolitana, cuando terminó la Apoteosis del General Luperón, reconstruido por el propio autor.

Excmo., Illmo. y Revmo. Señor Arzobispo Coadjutor*:

Ciudadano Presidente de la República**:

Señores:

No vengo a pronunciar una oración fúnebre, porque no tengo las alas necesarias para ponerme a la altura del héroe, cuyos restos hemos traído con todos los honores que le corresponden. Para encontrar el orador sagrado que cuadraría en esta apoteosis tendría que ser taumaturgo, para bajar de esta Cátedra, llegar a aquella Capilla, acercarme al bello monumento que en ella se levanta y decirle al orador elocuentísimo que allí duerme el

* Don Luis A. de Mena.

** General Horacio Vázquez.

larguísimo sueño de la muerte: ¡Meriño!, levántate y sube a la tribuna sagrada; porque tú, sólo tú, eres quien puede hacer digna y brillantemente el elogio fúnebre del restaurador máximo que hoy glorificamos.

He ascendido a esta Cátedra para dejar terminada la misión que se nos encomendara a mis compañeros y a mí.

.

Señores:

La Comisión que desde la pintoresca Ciudad de San Felipe de Puerto Plata ha venido acompañando los amados y venerados restos que quedarán con honra y gloria al lado de los despojos mortales de los inmortales Padres de la Patria y de los Restauradores sobresalientes, está obligada a cumplir su último deber, expresando sinceramente cual es el sentir de los puertoplateños en estos momentos.

La hermosa ciudad que se extiende a las faldas de Isabel de Torres, tenía absoluto derecho de poseer esos restos, porque ése era el más rico tesoro, la gloria más legítima y más grande que guardaba la ciudad que, cuando vivió Luperón, fué altiva como su enhiesta montaña, y amarga para los enemigos de la Patria y para los tiranos como el mar que baña sus playas.

El egregio General Luperón era exclusivamente nuestro, porque en Puerto Plata se meció su cuna, que fué humildísima; en Puerto Plata se for-

mó en la escuela de la adversidad, habiendo sido sus mejores maestros la pobreza y las privaciones; en Puerto Plata comenzó su vida política que fué fecunda en hechos heroicos y en actos de civismo muy edificantes; en Puerto Plata levantó cátedra de patriotismo y enseñó con la palabra y el ejemplo que los ciudadanos deben desvelarse por "salvar la República, aunque queden sepultados entre sus ruinas" y que "por ingrata que sea la Patria, jamás se debe ir, como Temístocles, a ofrecer sus servicios al enemigo implacable de su país, ni, como Coriolano, a traer a sus puertas las huestes de los bárbaros"; en Puerto Plata presidió el Gobierno Provisional más digno, más fecundo, más honrado y más pundonoroso que tuvo la República; en Puerto Plata se le vió siempre desdeñoso hacia la primera magistratura del Estado, y en Puerto Plata puso su preciosa vida en manos de la muerte.

Aunque en su testamento no dispuso que sus restos reposasen perpétuamente en la Ciudad de sus amores; aunque no manifestó nada expresamente a ese respecto, tácitamente dejó ver que quería tener, como hermoso monumento, la alta montaña de Isabel de Torres..... Pero la ciudad que produjo a ese varón tan grande que fué rayo devastador en la guerra e iris luminoso en la paz, no es egoísta, sino noble, generosa, desinteresada, como lo fué el más encumbrado de sus hijos, y se ha sometido gustosamente a la voluntad de las Cámaras y ha puesto esfuerzo y diligencia para que esta apoteosis fuese digna de quien la ha inspirado.....

Archivo General de La Nación
Dpto. Hemeroteca-Biblioteca

Aquí quedan, pues, en la paz del Señor y en la morada gloriosa de los Padres de la Patria las venerandas reliquias del famoso restaurador que inmortalizó su nombre como guerrero audaz y sin miedo en Dajabón, Capotillo, Guayubín y San Pedro.....

El espíritu de Puerto Plata estará siempre respetuosamente inclinado sobre ellas.....

¡Que esas reliquias inspiren honradez, abnegación, civismo y espíritu de sacrificio a las Cámaras, al Ejecutivo Nacional y a las presentes y venideras generaciones para grandeza y decoro de la Patria.

Y mientras damos las gracias más cumplidas en nombre de la familia del héroe hoy glorificado y de la Ciudad de Puerto Plata a las Cámaras, al Ejecutivo Nacional y al Ilustre Jefe de la Iglesia por esta apoteosis que ha sido brillantísima, nos atrevemos a pedir al Gobierno que llene el inmenso hueco que han dejado, en la Ciudad que representamos, los restos del héroe y del repúblico que hemos traído en brazos de la gloria, votando la suma necesaria para que, en el parque de su nombre, se le levante la estatua que él merece.

PENSAMIENTO/

del General Gregorio Luperón.

El deber de trabajar está escrito en el problema de los siglos, cuyo saludable resumen es la satisfacción de las necesidades. Es el propulsor material del mejoramiento de los individuos y de las naciones.

El poder de vencer las grandes dificultades no pertenece sino a los grandes trabajadores; los perezosos son siempre impotentes.

Nada grande ni duradero ha sido jamás impuesto.

No hay nada más aterrador que una derrota; porque los derrotados en todas partes ven al enemigo.

Hay momentos tan amargos en la vida, que en ellos se prefiere decididamente la muerte.

El valor, el patriotismo y el deber no se compran ni se pagan jamás.

Nadie tiene derecho de asesinar a su madre, por más perversa que ella sea, y es todavía más criminal y más imperdonable el que entrega su Patria al extranjero, porque no es la madre de alguno, sino de todos.

Son muy pocos los amigos en los malos días.

La atmósfera de los pueblos es el derecho, y la civilización moderna consiste en la independencia en todos los órdenes.

Los gobiernos deben siempre marchar con las ideas modernas, llevando en las manos la vara santa de la justicia, el estandarte de la libertad; y en la conciencia el espíritu de la democracia.

No se hiere nunca la dignidad de un pueblo impunemente.

La libertad para los pueblos es una necesidad tan suprema y necesaria como el aire, como la luz, como la sal y el agua.

Siempre que sistemáticamente se violan las leyes y se suprime la libertad, no está distante la ruina de los gobiernos.

Así como los cuerpos caben juntos en el espacio, los partidos caben todos en el Gobierno.

La sociedad más instruida y próspera del mundo, si no es al mismo tiempo la más religiosa y liberal, no será jamás feliz.

En todas las épocas el populacho embrutecido por los déspotas desprecia a los que le sirven y ensalza al que le oprime.

En medio de los escollos es cuando más grandes deben ser los esfuerzos para salvar la nave de la libertad.

En política ninguno sabe adonde pueden llevarle los acontecimientos, porque tan pronto se sale de las persecuciones a los aplausos, como de éstos al destierro o al patíbulo.

La política no tiene corazón, sino pasiones.

Nada estable puede fundarse con la tiranía.

Donde los bandidos, los traidores y los asesinos reinan, la seguridad y la vida de los hombres honrados y de principios, no sólo se hacen difícilísimas, sino hasta imposibles.

El patriotismo es un gigante.

El trabajo honrado marcha por la misma senda que el deber.

Ningún pan es tan sabroso como el que ha sido ganado con el esfuerzo del trabajo.

El trabajo, además de ser una necesidad, es una bendición.

Los culpables se encuentran lisonjeados cuando se ven acompañados por una virtud, y si bien a veces les perturba, siempre les agrada.

El mal proceder, tarde o temprano, tiene su castigo.

Ninguno es héroe contra su patria.

El valor del hombre intrépido es contagioso y arrastra a los demás, inspirándoles su propia voluntad y sus resueltos propósitos, sin dejarse confundir ni rechazar por la fuerza.

La entereza del patriotismo da muchas veces la habilidad práctica, y ésta el poder más invencible del carácter nacional dominicano.

El valor de un pueblo unido a la energía y a la perseverancia, triunfa casi siempre de las dificultades que parecen imposibles.

La política más fácil y la mejor es la de la verdad.

La tiranía en ninguna circunstancia se puede justificar.

La agricultura es la nodriza más generosa de las naciones.

Todo lo que principia mal concluye peor.

Un pueblo debe formar sus hábitos de modo que pueda contar con sus propios recursos y depender de su carácter, fortificándose en su propia energía en los momentos de dificultad.

En las épocas en que se ensalza y glorifica la maldad, la honradez y el patriotismo resultan una mengua.

Así como hay parentesco de sangre, también lo hay de ideas y sentimientos.

El lobo puede cambiar de piel, pero jamás de mañas.

La democracia es progreso, justicia y libertad.

El hombre es casi siempre autor de su bien y de sus males.

Hay palabras que hieren más cruelmente que los golpes de un puñal.

El servicio militar obligatorio es la nivelación nacional; los soldados mercenarios son los asesinos de sus conciudadanos.

La Providencia no ha hecho los pueblos para ser esclavos, sino para ser libres, y éstos buscan la libertad como los ríos el nivel.

Así como la atracción sostiene los astros en el espacio, la libertad y la autoridad sostienen a los ciudadanos en la sociedad, y a la sociedad en la nación.

Los indiferentes, tratándose de la suerte de la patria, son imbéciles y cobardes. Por eso es que los hombres influyentes y buenos son sin saberlo los médicos de la humanidad, y los malvados son los envenenadores públicos; porque sus maldades son un contagio.

El trabajo honrado de un hombre es el que

da respetabilidad a las familias, independenciam a los individuos, y libertad, vida propia, moralidad, civilización y seguridad a las naciones.

La política es un contagio funesto, y el que una vez se mete en ella, ni con la muerte se ve libre de sus calamidades.

Para merecer el respeto es necesario la consagración al deber.

Los gobiernos son pocas veces mejores que los pueblos que gobiernan.

La grandeza de una nación no depende de la extensión de su territorio, ni del número de sus moradores, sino del carácter nacional.

La mano del tiempo se encarga de destruir el despotismo, así como las brisas alejan y disipan las nubes.

Los revolucionarios viven, crecen y se agigantan desmesuradamente en el seno de las tempestades.

La instrucción es la vista del alma de los pueblos.

No se pueden conquistar lauros donde hay vergüenza y desgracias para la Patria.

La condición moral de un pueblo depende, sobre todo, de la educación de la familia, resultando que la educación de las mujeres debe ser considerada como una cuestión de importancia nacional.

Instruir a la mujer es instruir al hombre; elevar el carácter de una es elevar el otro; ensanchar la libertad de la mujer es asegurar la de toda la comunidad; porque las naciones no son más que el producto de los hogares.

Casi siempre las multitudes, a cambio de efímeros empleos o de dudosas promesas, han perdido el sentimiento de la gratitud y el de la justicia. Tucídides, escritor grave y vigoroso de la antigua Grecia, dijo en su imperecedera obra de la guerra del Poleponeso que «aquellos que sirven al pueblo, sirven a perros». Esta sentencia es dolorosa, cruel y terrible, pero desgraciadamente verdadera.

Hay crímenes tan repugnantes que hacen temblar a los más indiferentes.

GENIALIDADES DEL GENERAL LUPERON

Era Luperón hombre de palabra y de gran firmeza en su voluntad. Creía firmementē que faltar a sus promesas o a sus afirmaciones era una indignidad, una deshonra.

En una ocasión solemne dijo que nunca iría a la cárcel; que lo más que lograrían sus enemigos políticos era recoger su cadaver. Y en su azarosa vida política procedió tal como lo había prometido.

Cuando se efectuó el crimen de la anexión a Española, Luperón residía en Sabaneta de Yasicá; de este lugar lo sacó una carta que recibió el 25 de Marzo de 1861, muy conmovedora, que le dirigieron sus amigos de Puerto Plata Federico Sheffemberg y Baldomero Regalado. Al llegar a la ciudad, Luperón se entregó de lleno a la propaganda revolucionaria. Sabedor el General Suero, Gobernador de Puerto Plata, de la eficaz labor de Luperón contra la dominación española, lo llamó a su despacho y le declaró «que tenía orden terminante del General Santana, Capitán General, de

enviarlo prisionero al Morro de la Habana.» Al oír estas palabras, Luperón, con la prontitud del rayo, tumbó de un garrotazo al oficial de la guardia española que prestaba servicio en la Gobernación y se fué, a garrotazo limpio y en pleno día, del despacho del gobernador y de la Ciudad, en medio de los tiros de sus perseguidores....



Siendo presidente de la República el General Ignacio María González y Gobernador de esta Provincia el galano escritor Francisco Ortea, se hizo el propósito de reducir a prisión al General Luperón. Para ello y a fin de tener gente suficiente, se celebró una revista. Cuando el General se dió cuenta de que realmente había el propósito de encarcelarlo, se encerró en su casa con su esposa, su suegra D^a Eneria y su cuñado Félix Tarez, y, tiro a tiro fué alejando de su casa a cuantos intentaban cercarla hasta que, organizados sus amigos por el intrépido General Luis Reyes Marión, fueron a defenderlo, principiando una revolución que en poco tiempo se enseñoreó de la República.

Luperón, pues, por su extraordinario valor, murió sin haber conocido la «pesadumbre de las prisiones».



Era Luperón un tirador extraordinario; donde ponía los ojos iba la bala; su pulso era siempre muy firme.

El día en que el Gobernador Ortea pretendió hacerlo prisionero, entre las fuerzas del Gobierno había un corneta llamado Gollito Polanco, quien,

en una esquina próxima a la casa del General, gritó: ¡abajo Luperón! Este le hizo inmediatamente un disparo tan certero que le metió la bala por la boca. Gollito se salvó, se curó; pero su voz no quedó en su estado normal, y desde entonces se le llamó "Gollito el Ronquito".



Luperón frecuentaba los salones del «Casino de la Juventud», sociedad que en los años 1884 y 1885 funcionaba en la casa que se halla en la calle «12 de Julio», esquina «Cibao», en el mismo lugar donde estuvo, en la primera República, la Cárcel Pública.

Una noche se armó un gran zafarrancho, debido a unas palabras pronunciadas por el íntegro periodista Juan Vicente Flórez, que Luperón juzgó ofensivas e irrespetuosas.....

Al oirlas, el General se violentó y disparó su revólver, diciendo: «le voy a romper la boca.» La bala hizo blanco en la boca del periodista mencionado que estaba de perfil cuando fué herido.

Luperón buscó médico y medicinas para el Sr. Flórez, quien era de un espíritu tan justiciero que, a pesar de este desagradable incidente, nunca desconoció los méritos del General.



Luperón era templado para las grandes adversidades; cuando no lograba sus intentos por la fuerza de su espada, alcanzaba lo que se proponía por la agudeza de su talento.

Hubo un día terrible en Santiago durante la

guerra restauradora; los generales más importantes habían perdido la fe en el triunfo y cundía una gran desmoralización en los soldados. Luperón, para evitar tan grave mal y levantar el ánimo de los que ya se sentían moralmente derrotados, mandó tocar los tambores, reunió a los que estaban dispersos y leyó algunas cartas apócrifas que él mismo había dictado, en las cuales se anunciaba que el Seibo y Azua se habían levantado.

Con esta astucia, con este admirable fingimiento encendió de nuevo Luperón en el pecho de los restauradores la llama del entusiasmo y de la esperanza, y aseguró el triunfo de los que luchaban por la noble causa de la independencia nacional.



El General tuvo el mérito de llevar la revolución restauradora al Este, venciendo mil obstáculos y dificultades, y se había cubierto de gloria desalojando a los afamados Generales Santana y Suero de Bermejo y de San Pedro. A raíz de este triunfo se presenta en su campamento el General **Pepillo Salcedo**, Presidente de la República, y cuando era lógico pensar que se congratularía con el General Luperón y que lo agasajaría por haberle dado tan notable impulso a la causa restauradora, lo que hizo fué retirarlo bruscamente del mando de sus tropas. Esa inesperada medida indignó a los oficiales y soldados de nuestro General, quienes comenzaron a protestar y a decir que de no seguir con Luperón, como Jefe, se retirarían a sus hogares, sin luchar más por la independencia nacional.

Luperón no perdió su serenidad y olvidándose de su persona y pensando sólo en los sagrados intereses de la Patria, arengó a sus oficiales y soldados, haciéndoles ver que la disciplina militar los obligaba a acatar las órdenes del Primer Magistrado de la Nación y que en los campos del honor nacional a quien ellos servían abnegadamente era a la Patria y no a la persona del General Pepillo Salcedo; y terminó diciendo: «en cuanto a mí, me someto con toda obediencia a lo dispuesto por quien tiene el mando supremo de los ejércitos de la República y os afirmo sinceramente que no me siento desalentado por lo que se me acaba de hacer....»

Me retiró sin rencores a la quietud de mi hogar y si mañana se me llama a defender la Patria, haré gustosamente acto de presencia en el lugar del peligro.....»

Este es el día en que más asombran la grandeza y el patriotismo de Luperón!



Luperón nació para mandar; tenía el don de hacerse obedecer prontamente. Nadie se atrevía a contrariar sus órdenes, porque sabía que le esperaba un rato muy amargo.

En una época en la cual el General casi diariamente limpiaba las cercanías de esta ciudad de enemigos del Gobierno de Espailat, se hallaba en la fortaleza "San Felipe", formando parte de la guarnición, un azuano que se daba ínfula de valiente. Este, en una ocasión decía: «no sé que les pasa a Udes. con su Luperón....; Udes. lo tienen

muy consentido y le aguantan, como corderitos, sus majaderías y sus violencias. Yo no soy tan gallina como Udes. los de Puerto Plata; me siento tan hombre como el General y no le aguantaría ni la mitad de lo que Udes. le soportan....» En cuanto terminó estas palabras se oyeron voces muy fuertes hacia la entrada de ese recinto militar. Era Luperón que venía gritando: «¡firme, firme; a las armas!» Todos corrieron a armarse, menos el azuano de nuestro cuento, quien se quedó sentado, muy tranquilo y mudo como una estatua. Luperón, al ver que aquel militar no se movía, lo levantó a fuerza de planazos y lo fué castigando con el plan de su espada hasta que tomó su arma y cumplió las órdenes dadas.

Desde entonces el azuano mencionado supo prácticamente por qué había que cumplir prontamente las órdenes de Luperón.



En la séptima decena del siglo pasado, la simpática y numerosa Colonia Cubana hizo celebrar solemnes funerales en la Santa Iglesia Parroquial de Puerto Plata en sufragio del alma de los beneméritos iniciadores de la revolución del 1868, por la independencia de la «Perla de las Antillas».

Al terminar el responso final, se reunieron en el atrio del Templo los más salientes de la mencionada Colonia, las autoridades locales que fueron invitadas y muchos ciudadanos notables. El Gobernador de la Provincia, que no era sincero amigo de Luperón y que creyó muy favorable la coyuntura para ridiculizarlo, dijo que debía despe-

dir el duelo un general dominicano, y que ese honor le correspondía únicamente al General Luperón, por ser el decano de los generales allí presentes. El General se vió, pues, en el caso de hablar y lo hizo con tanta elocuencia, con tanta galanura y con tanta novedad en sus ideas que el mismo Gobernador, a pesar de verse burlado, se entusiasmó de tal modo que le decía a los que le acompañaban: «¿dónde aprendió Luperón a hablar con tanto brillo y sabiduría?»

Es que Luperón era, por naturaleza, un gran maestro de civismo y cuando hablaba de la Patria tenía vuelos de águila, aciertos admirables y arrullos que enternecían las peñas....



Hasta en el momento de salir de los términos de la vida fué genial el General Luperón. Cuando sintió las congojas de la muerte, se levantó repentinamente de su lecho y, puesto en pie, se agarró de uno de los postes de su cama y dijo: «los hombres como yo no deben morir acostados.» Terminadas estas palabras se desplomó, y no llegó al suelo porque ampararon su cadáver las manos piadosas de sus familiares y amigos que lo acompañaban en aquel doloroso trance....

BIBLIOTECA A G N



039126



INDICE

Dos palabras.	5
Rasgos biográficos del General Gregorio Luperón. . .	7
Conferencia leída en la Sociedad Fé en el Porvenir de Puerto Plata.	16
Discurso pronunciado desde el balcón del Ayuntamiento de Puerto Plata la tarde del 27 de Febrero de 1926.	43
Discurso pronunciado en el momento de hacer entrega de los despojos del benemérito General Luperón a la Co- misión que vino a buscarlos de la Capital. . .	47
Discurso improvisado en la Santa Basílica Metropolitana cuando terminó la Apoteosis del General Luperón, reconstruido por el propio autor.	53
Pensamientos del General Gregorio Luperón.	57
Genialidades del General Luperón.	65

Hemeroteca-Biblioteca



039126

